

**Si Séneca levantara la cabeza**

Cuando me paro a pensar todas las cosas imprescindibles para vivir que no se enseñan en el colegio, se me ponen los pelos de punta. Y eso que me van quedando pocos pelos. En el frontispicio de todos los centros de enseñanza debería figurar en letras de molde la máxima escrita en el siglo primero de nuestra Era por **Séneca**: “Non scholae sed vitae discemus” (no aprendemos para la escuela, sino para la vida). ¿Qué otro sentido tiene la enseñanza? Sin embargo, la imposición de asignaturas por parte de un lobby religioso, o el retroceso anunciado de disciplinas que fomentan la creatividad artística, por poner dos ejemplos irracionales, demuestran que a medida que avanzamos en los siglos retrocedemos en el sentido común. Baste ver a nuestro alrededor cómo estudiantes que se aparearon en su día del núcleo prestigioso del sistema y han terminado de formarse en la periférica formación profesional encuentran mucho antes trabajo y en mejores condiciones que buena parte de los que siguen acumulando conocimientos a lo largo de licenciaturas y másteres ruinosos sin acabar nunca de echar pie a tierra en un oficio.

Y sin embargo, la búsqueda del prestigio, o la costumbre, siguen impulsándonos a que empujemos a nuestros hijos a ir más allá, a través de las vías del supuesto conocimiento, a través de las nubes del saber, hacia el éter de la frustración y el desempleo. Una de las cosas que más me divierten es imaginarme a los responsables del sistema educativo decidiendo qué cambios se introducirán en próximas etapas. Lo de que me divierte es un decir; me refiero a que puedo imaginarme la cantidad de factores que entran en juego en el periodo de deliberación y sé que la mayoría de ellos son presiones de diversos colectivos y sé también que todas ellas prevalecen sobre el elemental sentido común. Ni que decir tiene que, si nos preguntan a los profesores, todos arrimaremos el ascua a la sardina de nuestra asignatura y en todas existen argumentos que pueden pasar por válidos. Las pocas veces que me han pedido opinión, he citado a los grandes especialistas en salud que afirman con total unanimidad que con menos de tres sesiones semanales el cuerpo no se habitúa a la actividad física y por tanto no termina nunca de encontrarle el gusto. Nunca me han dado una respuesta. Seguimos con dos sesiones hasta segundo de bachillerato, curso en el que desaparece la asignatura como si de pronto los adolescentes alcanzasen la pura espiritualidad y no les hiciese falta expansionarse, prevenir enfermedades cardíacas o aprender métodos de relajación, por citar tres de las infinitas ventajas que ofrece la educación física.

Lo sorprendente es que una y otra vez se repiten, cada vez con mayor frecuencia, campañas contra la obesidad infantil venidas desde los ministerios de sanidad y de educación que ponen el énfasis en el único tratamiento posible: la combinación de una alimentación adecuada con ejercicio físico moderado tres o cuatro veces por semana. Se gastan un pastón en esas campañas, que a duras penas llegan a la familia, cuando tienen en su mano el sistema educativo, la enseñanza obligatoria, la asignatura de educación física, que abarca a todos los niños y adolescentes de España. Sólo tendrían que usarla de forma adecuada. Pero es mucho pedir, por lo visto. Hay cosas que aprender más importantes que el cuidado de la propia salud. Séneca, un político que se encargó de educar al gordo Nerón, lo sabía mejor que nadie. Ya viejo, fue condenado a suicidarse.

# **SOCIEDAD DE LA INFORMACION**

[www.sociedadelainformacion.com](http://www.sociedadelainformacion.com)

Edita:



Director: José Ángel Ruiz Felipe

Jefe de publicaciones: Antero Soria Luján

D.L.: AB 293-2001

ISSN: 1578-326x